

Cuentos completos de Arsène Lupin MAURICE LEBLANC

**Edición y traducción
MAURO ARMIÑO**



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección CLÁSICOS, 16

© Edición y traducción del francés de Mauro Armiño, 2026

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU., 2026

Todos los derechos reservados.

Primera edición: diciembre, 2026

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Al cuidado de la edición: Alberto Vicente

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

Ilustración de cubierta: Léo Fontan, *L'Aiguille creuse* (h. 1915). © Archives Charmet /

Bridgeman Images.

ISBN: 979-13-87624-73-6

Thema: FBC

Depósito legal: M-27401-2026

Impreso en España

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

PRÓLOGO	9
BIBLIOGRAFÍA	23
NOTA DE EDICIÓN	25
¿QUIÉN ES ARSÈNE LUPIN?	27
ARSÈNE LUPIN, CABALLERO LADRÓN	
<i>La detención de Arsène Lupin</i>	37
<i>Arsène Lupin en prisión</i>	53
<i>La fuga de Arsène Lupin</i>	76
<i>El misterioso viajero</i>	99
<i>El collar de la Reina</i>	117
<i>El siete de corazones</i>	136
<i>La caja fuerte de la señora Imbert</i>	174
<i>La perla negra</i>	186
<i>Herlock Sholmes llega demasiado tarde</i>	201
LAS CONFIDENCIAS DE ARSÈNE LUPIN	
<i>Los juegos del sol</i>	233
<i>El anillo nupcial</i>	256
<i>El signo de la sombra</i>	276
<i>La trampa infernal</i>	297
<i>El chal de seda roja</i>	321
<i>La muerte que ronda</i>	345
<i>Edith, la del Cuello de Cisne</i>	366
<i>La caña de paja</i>	391
<i>El matrimonio de Arsène Lupin</i>	408

LAS OCHO CAMPANADAS DEL RELOJ

<i>En lo alto de la torre</i>	439
<i>La jarra de agua</i>	466
<i>Thérèse y Germaine</i>	491
<i>La película reveladora</i>	517
<i>El caso de Jen-Louis</i>	541
<i>La Dama del Hacha</i>	567
<i>Pasos en la nieve</i>	590
<i>«Al dios Mercurio»</i>	617

LA AGENCIA BARNETT Y CÍA.

<i>Las gotas que caen</i>	647
<i>La carta de amor del rey Jorge</i>	668
<i>La partida de bacarrá</i>	686
<i>El hombre de los dientes de oro</i>	703
<i>Las doce africanas de Béchoux</i>	720
<i>El azar obra milagros</i>	740
<i>Guantes blancos... polainas blancas...</i>	761
<i>Béchoux detiene a Jim Barnett</i>	784

CUATRO RELATOS SIN VOLUMEN

<i>El hombre de la piel de cabra</i>	803
<i>El abrigo de Arsène Lupin</i>	816
<i>El puente que se derrumba</i>	846
<i>El cabuchón de esmeralda</i>	874

Prólogo

No es Maurice Leblanc el primer escritor que se rebela contra la popularidad de un personaje ideado por él; le ocurría lo mismo a otro creador de un gran detective, al escocés Arthur Conan Doyle (1859-1930). En ambos casos, Arsène Lupin y Sherlock Holmes relegaron casi al olvido el resto de las obras de sus progenitores: por ejemplo, la serie de novelas históricas de Doyle, género para el que, entre otros protagonistas, dio a luz a la figura del brigadier Gérard, viejo militar retirado del ejército napoleónico, que revive aventuras inverosímiles en medio de pueblos invadidos por el emperador francés. En el caso de Leblanc, sus pretensiones literarias eran más altas; inició como novelista de narraciones que atendían a los sentimientos y a la psicología de los protagonistas —género que se llevaba en ese momento en Francia—, así como a andanzas de varios tipos: desde lo maravilloso científico a lo policiaco y a la aventura al aire libre, incluidas las ciclistas, y la novela *Le Cercle rouge* (1917) que el autor titula de *cine-roman*. Sin olvidar los relatos que publicó en toda suerte de periódicos y revistas: en 2018 se recogió en tres volúmenes su producción cuentística —no lupiniana—, correspondiente a distintas fechas y diferentes medios de prensa.¹ En total, más de 400 relatos sin Lupin, que no aparece en su obra narrativa hasta 1905.

Leblanc ha publicado quince títulos de novelas y cuentos antes de julio de esa fecha en la que aparece «La detención de

¹ *Contes du soleil et de la pluie 1902-1907*, 458 páginas, con 110 cuentos y artículos publicados en la revista *L'Auto*; *Contes de Gil Blas 1892-1904*, con 737 páginas, 180 cuentos y diez artículos; y *Contes du journal et d'ailleurs 1890-1929*, con 713 páginas, 110 relatos y novelas cortas aparecidos en distintas publicaciones periódicas como *Excelsior*, *Le Figaro*, *Le Journal*, *Candide*, *Femina*, etc.

Arsène Lupin» en *Je sais tout*, revista que está en el decimosexto número de vida con una tirada impensable en la actualidad cercana a los 200 000 ejemplares. Cuando Pierre Lafitte se dispuso a editar esa revista, pidió a Leblanc que escribiera algo «a la manera de Sherlock Holmes». El creador de Lupin, autor como hemos dicho de novelas y relatos de corte psicológico, confesó que, entonces, no sabía quiénes eran ni el autor inglés ni su criatura detectivesca.² Si es cierto que la novela policiaca no tiene en la literatura francesa del momento un prestigio excesivo, en 1905 la figura del caballero parece ponerse de moda. «En vez del malandrín de aspecto sospechoso, tenemos el caballero ladrón, que opera de levita y sombrero de copa alta, con una ropa blanca impecable», dice un artículo, «Ladrones último grito», en la revista *Lectures pour tous*. De ahí que su detective no pueda integrarse exactamente en el género policiaco. Una vez que, reunidos los nueve primeros relatos en *Arsène Lupin, caballero ladrón* (1907), y el título se convierta en el libro del año, el personaje empieza a mandar, con ayuda de su editor, sobre el autor, que con el paso de los años va sintiendo mayor aprecio por su figura. Novelas y libros de relatos protagonizados por Lupin van mezclándose, desde *L'Aiguille creuse* (*La aguja hueca*, 1909) hasta *La Cagliostro se venge* (*La Cagliostro se venga*, 1934) que remata las aventuras iniciadas en 1923 por la protagonista de una de las novelas más logradas del autor, la deslumbrante *La Comtesse de Cagliostro* (*La condesa de Cagliostro*). Entre la fecha inicial y la postrera aparecerán en total las ya citadas 17 novelas, los casi 40 relatos o novelas cortas, y las cinco obras de teatro con Lupin como protagonista bajo diversos disfraces y numerosos nombres. A lo que habría que añadir un título más: un Leblanc con graves problemas de salud escribió en 1936 la novela *Le Dernier amour d'Arsène Lupin*, que apareció en folletón, pero cuya adaptación a libro inició poco antes de

2 Leblanc publicó en 1906 en la revista *Je sais tout* el relato «Sherlock Holmes llega demasiado tarde», título que provocó el enfado de Conan Doyle. La respuesta de Leblanc será irónica y, cuando lo recoge en *Arsène Lupin, caballero ladrón*, hace una cabriola en el título alterando las iniciales del inglés: *Herlock Sholmes llega demasiado tarde*.

sufrir una congestión cerebral. Terminó apareciendo en 2013 en las Éditions Balland, con un prefacio del especialista lupiniano Jacques Derouard.

Publicado como tanteo, ese primer relato, «La detención de Arsène Lupin», se ganó el favor del público, además del interés de su editor Lafitte para que siguiera con ese tipo de literatura. A Leblanc le costó hacerse a la idea porque le olía a «sub-literatura»; pero, ante la insistencia de Lafitte, no le quedó otro remedio que, siguiendo una sugerencia de este para sacar de la prisión parisina de la Santé a su investigador, realizar a regañadientes una pirueta y liberarlo de la cárcel en su tercera entrega, «La fuga de Arsène Lupin». Como seguía sin estar convencido, intentó deshacerse de él en su novela *813*, publicada en 1910; dado el éxito, no lo consiguió, y Leblanc terminaría haciendo suyo al detective, asumiendo que en él se cifraba su fama. «Aunque Lupin fue un accidente en mi carrera, se convirtió en el inicio de mi gloria. Un feliz accidente, de hecho: para mí Arsène fue un excelente amigo».

La habilidad publicitaria de Lafitte y, sobre todo, el paso del personaje por las tablas terminaron por conseguir la gloria para su autor no solo en Francia: traducciones a múltiples lenguas lo convirtieron en el «Conan Doyle francés», que en la época no era mala condecoración. La primera obra de teatro —le seguirían otras cuatro— terminó por redondear la audiencia que empezaba a tener Lupin. Aunque pasar la prueba de los escenarios le resultara arduo a Leblanc: en 1906 había sufrido el fracaso de su pieza *La Pitié* en el Théâtre Antoine. Pero le llegó una propuesta para subir a su héroe a las tablas, nada menos que de François Croisset (1877-1937), autor francés de origen belga que se había abierto camino en la buena sociedad parisina y afrancesó su apellido Wiener mediante el patronímico de la casa de campo de Flaubert Croisset. Comediógrafo ya famoso de obras de boulevard, estaba de moda tanto en los medios escénicos y literarios como en la vida social, pues en 1910 se casaba con la hija de la condesa

de Chévnigné.³ Aceptada la propuesta, Croisset y Leblanc trabajaron en 1908 «riendonos de la mañana a la noche», según su confesión, en la pieza *Arsène Lupin*, que conocería un gran éxito en su estreno en el Théâtre de l'Athénée el 28 de octubre de 1908. El actor que encarnaba al protagonista, André Brulé (1879-1953), hizo mucho por el triunfo del tipo detectivesco, para el que poco después recogería la imagen que el pintor, ilustrador y decorador Léo Fontan (1884-1965) dio a Lupin en la portada en color de reedición de *Arsène Lupin, caballero ladrón* de 1914: apariencia sofisticada, más inglesa que francesa, frac negro, monóculo, clac (sombbrero de copa alta), bastón rematado por una empuñadura redonda y mano enguantada de blanco, además de una impoluta camisa. Estos detalles, que, sin embargo, no figuran en los textos de Leblanc, serán la imagen que mejor identificó al detective, y sigue identificándolo en portadas de algunas ediciones modernas. Brulé (200 000 espectadores en el teatro parisino) paseó su personaje de Lupin por todos los teatros de Francia con giras que lo convirtieron en un personaje conocido fuera de los ambientes de la capital francesa.

Las mil y un caras y trabajos de Lupin —desde detective a médico ruso, tenor o torero español, entre muchos— a lo largo de toda su narrativa convirtieron al caballero ladrón en un héroe legendario muy distinto de los ideados por otros investigadores de robos, estafas o crímenes. Miles de ejemplares vendidos con cada nuevo título, traducciones múltiples, cinco obras de teatro y contratos cinematográficos no aliviaban a un Leblanc malherido por no haber logrado consolidar ninguna suerte de prestigio entre los escritores de la Belle Époque con su obra anterior, en la que

3 La amistad que Croisset mantuvo con Marcel Proust, a quien facilitaba entradas de teatro, fue siempre constante, y no se vio turbada cuando la condesa de Chévnigné dejó de dirigir la palabra al novelista por sentirse retratada en la duquesa de Guermantes (*A la busca del tiempo perdido*). Proust se fijó en Croisset para la metamorfosis final de su personaje judío, Bloch, en el Jacques du Rozier que lleva monóculo y adopta el chic inglés, «bajo el que hubiera sido preciso el olfato de mi abuelo para reconocer el “dulce valle” de Hebrón y las “cadenas de Israel” que mi amigo parecía haber roto definitivamente» (*A la busca del tiempo perdido*, El Paseo Editorial, Sevilla, 2022-2024, t. VII, *El tiempo recobrado*, pp. 331-332).

confiaba para conseguir crédito y renombre. Tan tarde como 1913, escribe a un amigo que le había dedicado un artículo elogioso:

Mi querido amigo, su artículo me ha dado una gran alegría... una gran alegría mezclada con algunas lágrimas. [...] Voy a decirle una cosa que le sorprenderá, una cosa que de todos modos es algo entristecedora: su estudio es el primero que aparece sobre mi obra literaria. Antes de Lupin, desafío a que se encuentre en un solo periódico un solo verdadero artículo sobre uno solo de mis libros. [...] Por supuesto, no he concebido ninguna amargura por ello, pero, en fin, he pasado a otro tipo de ejercicio... primero el teatro, luego a Arsène Lupin porque se ofrecía la ocasión...

Desde el principio, su editor Pierre Lafitte (luego Éditions Hachette) imponía a todos sus autores una condición: que sus libros pudieran ponerse en todas las manos. De eso a escribir para las familias había un paso que Leblanc, el antiguo autor de cuentos algo subidos de tono publicados en *Gil Blas*, no dio; de ahí la presencia casi etérea de la mujer en sus relatos, difuminada como personaje secundario sobre todo (véase por ejemplo *Las ocho campanadas del reloj*). Incluso sometiéndose a la cláusula del contrato, en 1930 presentó a Hachette un volumen de cuentos con Lupin como protagonista bajo el título de *El cabuchón de esmeralda*; rechazado su original, el enfado de Leblanc lo impulsó a intentar reeditar sus novelas de la etapa psicológica. Hachette, que poseía la exclusiva de Lupin, exigió que toda publicidad hecha por Flammarion para *L'Image de la femme nue* y *Le Scandale du gazon* evitara mencionar «las novelas anteriores publicadas en nuestra casa y, de manera especial, del nombre de Arsène Lupin».

El éxito de Lupin no lo libró de críticas que añoraban al novelista psicológico; lo confirma, por ejemplo, el periodista Jean Ernest Charles (1875-1953) que, en 1907, admite, en un artículo de *Le Censeur*, que apreciaba las aventuras del detective:

Autor de cuentos de una elegancia sobria y fuerte, ha escrito novelas cortas de una psicología profunda y es capaz de escribir libros bellísimos en los que palpitará la vida. No me irrito contra él si se divierte narrando las agitaciones fantásticas y cómicas de un delgado ladrón, e incluso su relato me divierte tanto como me divierte el propio Maurice Leblanc... Pero sin embargo preferiría que volviese a su inspiración verdadera y dejase escribir la continuación de las aventuras de Arsène Lupin a su portero o a Félicien Champsaur.

El tal Champsaur, prolífico autor (1858-1934) de novelas, piezas de teatro y artículos periodísticos, encarnaba la imagen del escritor mediocre del día, y hoy está prácticamente olvidado.⁴ Incluso su amigo J.-H. Rosny aîné (1856-1940), uno de los fundadores de lo «maravilloso científico» (luego llamado ciencia ficción), muy involucrado en la vida literaria, añora su dedicación a lo psicológico-sentimental: «No sé si Leblanc está encantado con su éxito... Siempre he pensado que se proponía seguir la *otra carrera*, pero Lupin le tira de los pies».

Pese a la notoriedad que le daba, Leblanc no quiso consagrarse en exclusiva al detective Lupin y no dudó en seguir escribiendo cuentos psicológicos a la manera de sus inicios. En 1922 intentó crear otro personaje totalmente distinto, porque lo que busca el protagonista de una novela de género, *La vie extravagante de Balthazar*, es un ideal femenino; el propio Leblanc confiesa la intención paródica: «Uno se cree elegido por el destino para ser el héroe de aventuras extraordinarias, ¿y qué se es? El lamentable fantoche de una novela policiaca confeccionada con los trucos más gastados, por uno que escribe folletones de prisa y

4 Narró sus amores con Sarah Bernhardt en su primera novela *Dinah Samuel* (1882), pero es *Lulú, novela clownesca* (1890) la que mantiene vivo hasta cierto punto su nombre. Esto se debe a que inspiró al dramaturgo alemán Franz Wedekind (1864-1918) *La caja de Pandora*, sobre la que, a su vez, junto con *El espíritu de la tierra*, también de Wedekind, escribió Alban Berg (1885-1935) su ópera dodecafónica inacabada *Lulú*, estrenada en 1979 en París con Pierre Boulez y Patrice Chereau al frente de las direcciones musical y escénica.

corriendo». Tras el fracaso, daba a luz al año siguiente a otro personaje, esta vez hecho mujer, en *Dorothée, danseuse de corde*. Esta especie de avatar femenino de Lupin, que, dispuesta a buscar un legendario y fantástico tesoro en el antiguo castillo de una familia condal, tiene por nudo narrativo resolver un enigma. Tampoco logró el éxito esperado, y tanto Balthazar como Dorothée se limitaron a vivir en esos dos intentos. No serían sus últimos intentos para inventar «tipos» nuevos. Crearía dos más: Hercule Petitgris, cuyo verdadero nombre de Lupin se descubrirá en la versión estadounidense de *El abrigo de Arsène Lupin*; y Jim Barnett, de tono algo cómico y desenfadado, que también resulta ser un avatar de nuestro detective, como descubren las pocas líneas que Leblanc pone como prólogo a *La Agencia Barnett y Cía*. Es decir, ambos eran el mismo Lupin envuelto en otras pieles.

La celebridad de Lupin fue inmediata y persistente en el tiempo: obras de teatro, películas tanto en vida del autor como posteriormente, versiones teatrales, series de televisión, emisiones y lecturas radiofónicas, y traducciones constantes le han garantizado un futuro brillante, al que ha colaborado el interés por Lupin de grandes novelistas posteriores que han cultivado, si no el género específicamente, en narraciones que utilizan muchos de sus resortes, desde Georges Simenon a Marcel Aymé, Paul Morand, Pierre Nord, Joseph Kessel, etc.

Maurice Leblanc (1864-1941) pertenecía a una acomodada familia instalada de Ruan, ciudad cuya vida social analizaban dos gigantes de la narrativa francesa: Gustave Flaubert (los delicados y sugerentes *Tres cuentos*, *Madame Bovary* y *La educación sentimental*, el testimonio más incisivo de toda una generación en la revuelta historia de la Francia del momento) y, sobre todo, dada su intensa dedicación al relato, Guy de Maupassant, cuya aportación al género supera las tres mil páginas con títulos tan significativos como *Bola de sebo*, *El Horla*, *¿Quién sabe?*, *La tumba*, *La cabellera*, etc., que hacen de él un maestro del realismo, por un lado, y, por otro, uno de los autores claves del género fantástico. Aunque el autor de *La educación sentimental* murió cuando Leblanc

tenía dieciséis años, la vinculación del padre de Lupin —en una ciudad no por importante menos pequeña para su categoría de capital de departamento; contaba con unos 100 000 habitantes el año del nacimiento de nuestro autor— con la familia Flaubert arrancó desde su nacimiento; fue Achille, el hermano mayor del novelista, médico como su padre, quien asistió en el parto a la madre de Maurice.

Aunque teóricamente debía continuar la profesión de su padre, armador que comerciaba con carbón entre Ruan y Escocia, su pasión lo llevaba hacia otra parte. Para estudiar Derecho, Leblanc fue enviado a París; así se libraba de la presión familiar a la par que huía de una ciudad «desconfiada y malvada», nada generosa y llena de prejuicios, como la califica en sus primeros libros. Esas ideas responden, según escribió su hermana Georgette, al joven escritor dandi y anarquizante que odiaba a la burguesía ruanesa, entre otras cosas por la educación social recibida. Más tarde, de la misma manera que terminó reconciliándose con Lupin, hará las paces con la ciudad, apreciando sobre todo la región, que había de utilizar como escenario de episodios novelescos. Su único recuerdo del pasado adolescente lo remite a Jumièges, donde su tío materno había comprado una casa de campo cerca de las ruinas de la famosa abadía, y donde Maurice veraneó algunos años. «En lo más profundo de mi sensibilidad no tengo imagen más deslumbrante y más imperiosa que la de las ruinas de Jumièges [...]», donde aprecia «la belleza de la naturaleza que se mezcla a las ruinas y del pasado que se entrelaza con el presente». A esa zona de su provincia natal, conocida como el pays de Caux, terminará retirándose buena parte del año; era, además, la referencia más viva de su memoria: «Jumièges y su abadía, Saint-Wandrille y su claustro, Tancarville y sus ruinas, Etretat y su aguja». En esta última había comprado en 1919 la villa *Le Sphinx*, después de haberla alquilado durante las vacaciones de los cuatro últimos años, y en ella pasará hasta el mes de octubre sus retiros veraniegos, como indica el arranque del relato «Thérèse y Germaine» (*Las ocho campanadas del reloj*). También en Etretat se había

Nota de edición

Son cuatro los volúmenes en los que Maurice Leblanc recogió los cuentos protagonizados por su personaje Lupin —aunque se disfrace bajo otros nombres—. Al margen han quedado tres: el primero *Le Dent d'Hercule Petitgris* se publicó en diciembre de 1924 («Les Œuvres libres», Librairie Arthème Fayard); dos años después aparece en *The Popular Magazine* de Nueva York *The overcoat of Arsène Lupin* (*El abrigo de Arsène Lupin*), que no es exactamente una traducción de *Le Dent d'Hercule Petitgris*; aporta detalles, alguno de envergadura porque en él se descubre que el personaje del título no es sino una encarnación de Lupin, dato que no figuraba en el texto francés. No se sabe si esos añadidos —que en estos *Cuentos completos de Arsène Lupin* aparecen entre corchetes— pertenecen a Leblanc o son obra del desconocido traductor inglés. A principios de 1930, la intención de Leblanc era incluir este relato en un volumen titulado *Le Cabochon d'émeraude*, con el cuento de ese título —aparecido en *Les Annales politiques et littéraires* en noviembre de 1930—, *El abrigo de Arsène Lupin* y *L'Homme à la peau de bique*, junto con otros ya conocidos. No prosperó el proyecto, y esos tres relatos se quedaron en el aire, sin volumen que los recogiera.

El éxito de Lupin en habla inglesa hizo que Leblanc publicase tanto en Londres como en Nueva York relatos y novelas que aún no habían aparecido en volumen en Francia. Por ejemplo, la novela *Les Dents du tigre*, cuya publicación en folletón en Francia se retrasó por la Gran Guerra —falta de papel, etc.— a 1920, ya se vendía desde 1914-1915 en Inglaterra y Estados Unidos con el título *The Teeth of the tiger*. En 1928 aparecen los relatos *L'Agence Barnett* en Francia, y ese mismo año sale en Londres su traducción

inglesa bajo el título de *Jim Barnett intervenes* (Mills and Boon). Al año siguiente vuelve a traducirse a inglés con ese título en Nueva York (The Macaulay Company), pero en esta ocasión con una sorpresa: son nueve y no ocho los relatos incluidos; el nuevo lleva por título *The Bridge that broke*, acompañado por un prólogo y un epílogo cuyos originales franceses no han aparecido por ahora.⁸ Los especialistas se han preguntado los motivos por los que Leblanc no lo incluyó en alguno de sus volúmenes; se ha supuesto que el relato habría sido obra de un traductor que conocía bien el estilo de Leblanc. Philippe Radé, a quien parece inverosímil que Leblanc no haya protestado ante un apócrifo, propone que el relato se parecía demasiado a temas ya incluidos en novelas y relatos anteriores, como «La muerte que ronda» (*Las confidencia de Arsène Lupin*); hay más puentes que se hundan en novelas como *Le chapelet rouge*, o *La Cagliostro se venga* (aquí serán tres escalones de madera que se adentran en un estanque): «Quizás, teniendo en cuenta esa proliferación-multiplicación de hundimientos y otros derrumbamientos, a Maurice Leblanc le haya parecido que la publicación de *The bridge that broke* haría volver ese “leitmotiv” una vez más».⁹ Para Radé, otra explicación podría ser que a Leblanc le pareció menos lograda, con algunas inverosimilitudes y rarezas en el comportamiento de los personajes y en la cronología de la historia que, para incluir el relato en el volumen de *La Agencia Barnett* le habría obligado a corregir y modificar detalles del texto y, sobre todo, ese final en el que aparece el nombre de Lupin.¹⁰

8 Como se anota en la bibliografía, el «original» inglés de este relato puede consultarse en la red: https://www.ebooksgratuits.com/html/leblanc_the_bridge_that_broke.html.

9 Philippe Radé, prólogo a su edición de *Le pont qui s'effondre*, pp. 18-19, Éditions Manucius, París, 1917. Esa misma editorial había publicado el año anterior *Le pardessus d'Arsène Lupin*.

10 Las detalla Philippe Radé en el libro citado en la nota anterior, pp. 19-25.

¿Quién es Arsène Lupin?

—¿Cómo nació Arsène Lupin?

De todo un concurso de circunstancias. No solo no me dije un día: voy a crear un tipo de aventurero que tenga este o aquel carácter, sino que ni siquiera me di cuenta de inmediato de la importancia que podía alcanzar en mi obra.

Entonces estaba encerrado en un círculo de novelas de costumbres y de aventuras sentimentales que me habían valido cierto éxito, y colaboraba de manera constante en *Gil Blas*.

Un día, Pierre Lafitte, a quien estaba muy unido, me pidió una novela de aventuras para el primer número de *Je sais tout*¹¹ que iba a lanzar. Yo aún no había escrito nada de ese género, y me inquietaba mucho ponerme a prueba en él.

Por fin, al cabo de un mes enviaba a Pierre Lafitte una novela corta donde el pasajero de un paquebote de la línea *Le Havre-Nueva York* cuenta que el navío recibe en alta mar, y en plena tormenta, un telegrama anunciando la presencia, a bordo, del célebre ladrón Arsène Lupin, que viaja bajo el nombre de R... En ese momento, la tormenta interrumpe la comunicación. Inútil decir que la noticia pone a todo el transatlántico patas arriba. Empiezan a producirse robos. Se sospecha de todos los viajeros cuyo nombre empieza por R. Y solo cuando llegan se identifica a Arsène Lupin. No era otro que el narrador mismo de la historia, pero como su relato estaba hecho de una forma totalmente

11 *Je sais tout* fue una revista mensual destinada en principio a la familia pero que terminó convirtiéndose en una revista de divulgación científica. Creada por Pierre Lafitte en 1905; después de ser uno de los periódicos más importantes de la Belle Époque, desapareció en julio de 1914; comprada en 1916 por Hachette, su segunda etapa llegó hasta 1939, fecha en la que fue absorbida por *Lecture pour Tous*. Tras sus primeros ejemplares, Lafitte añadió un subtítulo: «Enciclopedia mundial ilustrada». En su folletón aparecieron las aventuras de Arsène Lupin de Maurice Leblanc, así como relatos de Arthur Conan Doyle, episodios de ciencia ficción de J.-H. Rosny Aîné y obras de teatro.

objetiva, ninguno de los lectores, al parecer, había pensado un solo instante en sospechar de él.

La historia hizo ruido. Sin embargo, cuando Lafitte me pidió que siguiera, me negué: en ese momento las novelas de misterio y de policía estaban muy mal consideradas en Francia.

Resistí durante seis meses, pero, a pesar de todo, mi mente trabajaba. Además, Lafitte insistía, y, cuando yo le hacía observar que, en el final de mi novela, había cortado en seco cualquier posibilidad de desarrollo ulterior al meter a mi héroe en la cárcel, me respondió tranquilamente:

—Y eso que importa... ¡que se escape!

Hubo por lo tanto un segundo cuento, en el que Arsène Lupin seguía dirigiendo operaciones sin abandonar su celda, luego un tercero en el que se escapaba.

Para este último, tuve la conciencia de ir a consultar con el jefe de la Surêté. Me recibió muy amablemente y se ofreció a leer mi manuscrito... pero me lo devolvió al cabo de ocho días, con una tarjeta y sin un solo comentario... ¡Había debido encontrar aquella evasión completamente imposible!

¡Y, desde entonces, soy el prisionero de Arsène Lupin! Primero Inglaterra tradujo sus aventuras, luego los Estados Unidos, y ahora corren por todo el mundo.

El epígrafe «Arsène Lupin caballero ladrón», me vino a la cabeza en el momento en que quise reunir en volumen los primeros cuentos, y tuve que buscar un título general.

Uno de mis elementos más eficaces de renovación para las aventuras de Arsène Lupin ha sido la lucha que le he hecho sostener contra Sherlock Holmes, travestido en Herlock Sholmes. Puedo decir sin embargo que Conan Doyle no me ha influido en absoluto, por la sencilla razón de que todavía no había leído nunca nada suyo cuando creé Arsène Lupin.

Los autores que han podido influirme son más bien los de mis lecturas infantiles; Fenimore Cooper, Assolant, Gaboriau,¹² y

12 Fenimore Cooper (1789-1851), novelista norteamericano, célebre por sus relatos sobre los pioneros y los Indios del Norte; entre sus títulos más conocidos, figuran *El último*

ARSÈNE LUPIN, CABALLERO LADRÓN

*Arsène Lupin gentleman cambrioleur*¹

1 Los nueve relatos se reunieron en volumen por primera vez en junio de 1907.

*A Pierre Lafitte*²

Mi querido amigo,
Tú me has adentrado por un camino en el que
no creía que debiera nunca aventurarme, y he
encontrado tanto placer y agrado literario que me
parece justo inscribir tu nombre al frente de este
primer volumen, y confirmarte aquí mis senti-
mientos de afecto y fiel gratitud.
M. L.

2 Pierre Lafitte (1872-1938), periodista y editor francés que fundó en 1899-1900 su propia editorial. Creó varios periódicos y revistas, ilustradas con fotos y dibujos que causaron sensación entre el público, entre ellas *Je sais tout*, donde aparecieron los relatos de Leblanc, que luego recogía en volúmenes, o *Excelsior*, primer periódico diario totalmente ilustrado que desapareció en 1914 con la llegada de la guerra. Lafitte convenció a Leblanc para que iniciase y continuase la serie del personaje Arsène Lupin.

La detención de Arsène Lupin

*L'arrestation d'Arsène Lupin*³

¡Extraño viaje! ¡Y sin embargo había empezado tan bien! ¡Personalmente nunca hice uno que se anunciara bajo auspicios más felices! El Provence es un transatlántico rápido, confortable, mandado por el más amable de los hombres. En él se hallaba reunida la sociedad más selecta. Se creaban relaciones y se organizaban entretenimientos. Teníamos esa exquisita impresión de estar separados del mundo, reducidos a nosotros mismos como en una isla desconocida, obligados, por lo tanto, a acercarnos unos a otros.

Y nos acercábamos...

¿Han pensado alguna vez en lo que hay de original y de improvisado en ese agrupamiento de seres que, todavía la víspera, no se conocían y que, durante varios días, entre el cielo infinito y el inmenso mar, van a vivir la vida más íntima, van a desafiar juntos las cóleras del océano, el terrorífico asalto de las olas y la taimada calma del agua dormida?

En el fondo, es la propia vida, vivida en una especie de resumen, con sus tormentas y sus grandezas, su monotonía y su diversidad, y tal vez por eso se paladea con una prisa febril y una voluptuosidad tanto más intensa ese breve viaje cuyo fin se vislumbra desde el momento mismo en que comienza.

Pero, desde hace algunos años, ocurre algo que contribuye a aumentar singularmente las emociones de la travesía. La pequeña isla flotante sigue dependiendo de ese mundo del que nos creíamos emancipados. Pervive un lazo que solo se desata poco

3 Aparecido en *Je sais tout*, n.º 6, del 15 de julio de 1905.

a poco en pleno océano, y poco a poco, en pleno océano, vuelve a anudarse. ¡El telégrafo sin hilos!, ¡llamadas de otro universo del que se recibirían noticias de la forma más misteriosa que exista! La imaginación ya no tiene el recurso de evocar los hilos de alambre en cuyo hueco se desliza el invisible mensaje. El misterio es más insondable todavía, más poético también, y es a las alas del viento a lo que hay que recurrir para explicar este nuevo milagro.

De modo que, en las primeras horas, nos sentimos seguidos, escoltados, precedidos incluso por esa voz lejana que, de vez en cuando, susurraba a uno de nosotros algunas palabras de allá lejos. Dos amigos me hablaron. Otros diez, otros veinte nos enviaron a todos, a través del espacio, sus despedidas entristecidas o sonrientes.

Pero el segundo día, a quinientas millas de las costas francesas, en una tarde tormentosa, el telégrafo sin hilo nos transmitía un despacho cuyo tenor era este:

Arsène Lupin a bordo, primera clase, cabellos rubios, herida antebrazo derecho, viaja solo, bajo el nombre de R...

En ese preciso instante, un violento trueno estalló en el cielo sombrío. Las ondas eléctricas quedaron interrumpidas. El resto del despacho no nos llegó. Del nombre bajo el que se ocultaba Arsène Lupin solo se supo la inicial.

Si se hubiera tratado de cualquier otra noticia, no dudo en absoluto de que el secreto habría sido escrupulosamente guardado por los empleados de la estación telegráfica, así como por el comisario de a bordo y por el comandante. Pero hay acontecimientos que parecen quebrantar la discreción más rigurosa. Ese mismo día, sin que pudiera decirse de qué manera había sido difundido el hecho, todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se ocultaba entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El escurridizo ladrón cuyas hazañas se contaban en todos los periódicos desde hacía meses! ¡El enigmático personaje con el que el viejo Ganimard, nuestro mejor policía, había entablado aquel duelo a muerte cuyas

peripecias se desarrollaban de forma tan pintoresca! Arsène Lupin, el fantasioso caballero que solo opera en los castillos y los salones, y que, una noche en la que había penetrado en casa del barón Schormann, se había marchado con las manos vacías y había dejado su tarjeta adornada con esta fórmula: «Arsène Lupin, caballero ladrón, volverá cuando los muebles sean auténticos». Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: ¡sucesivamente chófer, tenor, corredor de apuestas, hijo de buena familia, adolescente, anciano, viajante de comercio marsellés, médico, ruso, torero español!

Hay que darse bien cuenta de esto: Arsène Lupin yendo y viniendo en el marco relativamente restringido de un transatlántico, ¡qué digo!, ¡en ese pequeño rincón de primera donde los viajeros se encuentran en todo momento, en ese comedor, en ese salón, en esta sala de fumar! Arsène Lupin quizás era ese señor... o este otro... mi vecino de mesa... mi compañero de camarote...

—Y esto ha de durar todavía cinco veces veinticuatro horas —exclamó al día siguiente miss Nelly Underdown—, ¡es intolerable! Espero desde luego que lo detengan.

Y dirigiéndose a mí:

—Veamos, usted, señor d'Andrézy, que ya está en las mejores relaciones con el comandante, ¿no sabe nada?

¡Cuánto me hubiera gustado saber algo para agradar a miss Nelly! Era una de esas espléndidas criaturas que, estén donde estén, ocupan enseguida el primerísimo plano. Su belleza, tanto como su fortuna, deslumbra. Tienen una corte, admiradores fervientes, entusiastas.

Educada en París por una madre francesa, iba a reunirse con su padre, el riquísimo Underdown, de Chicago. La acompañaba una de sus amigas, lady Jerland.

Desde el primer momento yo había presentado mi candidatura de flirteo. Pero, en la rápida intimidad del viaje, su encanto me había turbado de inmediato, y me sentía excesivamente emocionado para flirtear cuando sus grandes ojos negros se encontraban con los míos. Sin embargo, ella acogía mis homenajes

con cierto beneplácito. Se dignaba reírse de mis ocurrencias e interesarse por mis anécdotas. Una vaga simpatía parecía responder a la cordialidad que yo le testimoniaba.

Tal vez me hubiera inquietado un solo rival, un joven bastante apuesto, elegante, reservado, cuyo humor taciturno ella parecía preferir a mis modales más «extrovertidos» de parisino.

Precisamente yo formaba parte del grupo de admiradores que rodeaba a miss Nelly cuando esta se dirigió a mí. Estábamos en el puente, agradablemente instalados en unas mecedoras. La tormenta de la víspera había aclarado el cielo. La hora era deliciosa.

—No sé nada preciso, señorita —le respondí—, pero ¿no podemos hacer nosotros mismos nuestra investigación, igual de bien que lo haría el viejo Ganimard, el enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Oh! ¡Oh!, pretende usted mucho.

—¿Por qué? ¿Es tan complicado el problema?

—Muy complicado.

—Le parece eso porque olvida los elementos que tenemos para resolverlo.

—¿Qué elementos?

—1.º Lupin se hace llamar señor R...

—Seña bastante vaga.

—2.º Viaja solo.

—¡Si esa particularidad le basta!

—3.º Es rubio.

—¿Y entonces qué?

—Entonces no tenemos más que consultar la lista de pasajeros y proceder por eliminación.

Yo tenía esa lista en mi bolsillo. La saqué y la recorrí.

—En primer lugar observo que solo hay trece personas cuya inicial llame nuestra atención.

—¿Solo trece?

—En primera clase, sí. De esos trece señores R..., como puede comprobar, nueve están acompañados por mujeres, niños o

criados. Quedan cuatro personajes que viajan solos: el marqués de Raverdan...

—Secretario de embajada —interrumpió miss Nelly—, lo conozco.

—El mayor Rawson...

—Es mi tío —dijo alguien.

—El señor Rivolta...

—Presente —gritó uno de nosotros, un italiano cuyo rostro desaparecía bajo una barba del negro más hermoso.

Miss Nelly se echó a reír.

—El señor no es precisamente rubio.

—Entonces —continué yo— estamos obligados a concluir que el culpable es el último de la lista.

—¿O sea?

—O sea el señor Rozaine. ¿Alguien conoce al señor Rozaine?

Todos callaron. Pero miss Nelly, dirigiéndose al joven taciturno cuya asiduidad con ella me atormentaba, le dijo:

—Y bien, señor Rozaine, ¿no responde?

Volvimos los ojos hacia él. Era rubio.

Confesémoslo, sentí como un pequeño choque en el fondo de mí mismo. Y el incómodo silencio que pesó sobre nosotros me indicó que el resto de los presentes sentían también aquella especie de ahogo. Por otra parte, era absurdo, porque en última instancia nada en el comportamiento de aquel señor permitía que sospecháramos de él.

—¿Por qué no respondo? —dijo—; pues porque, visto mi nombre, mi condición de viajero solitario y el color de mi pelo, ya he procedido a una investigación análoga y he llegado al mismo resultado. Por lo tanto soy de la opinión de que se me detenga.

Mostraba un aire extraño al pronunciar estas palabras. Sus labios delgados como dos trazos inflexibles se adelgazaron todavía más y palidecieron. Hilillos de sangre estriaron sus ojos.

Bromeaba, desde luego. Sin embargo, su fisionomía y su actitud nos impresionaron. Miss Nelly preguntó ingenuamente.

—Pero ¿no tiene usted una herida?

—Es cierto —dijo—, falta la herida.

Con gesto nervioso se subió la manga y descubrió su brazo. Pero inmediatamente me asaltó una idea. Mis ojos se cruzaron con los de miss Nelly: él había mostrado el brazo izquierdo.

Y, palabra, estaba a punto de hacer esa observación cuando un incidente desvió nuestra atención. Lady Jerland, la amiga de miss Nelly, llegaba corriendo.

Estaba alterada. Nos apresuramos a rodearla, y solo después de muchos esfuerzos consiguió ella balbucir:

—¡Mis joyas, mis perlas!... ¡Se han llevado todo!...

No, no se habían llevado todo, como luego supimos; cosa muy curiosa: ¡habían elegido!

De la estrella de diamantes, del colgante de cabujones de rubíes, de los collares y de los brazaletes rotos se habían quitado, no las piedras más gruesas, sino las más finas, las más preciosas, las que se habría dicho que tenían mayor valor y ocupaban menor espacio. Las monturas yacían allí, sobre la mesa. Yo las vi, todos nosotros las vimos, despojadas de sus joyas como flores de las que se hubieran arrancado los bellos pétalos centelleantes y coloridos.

Y para llevar a cabo aquella tarea, había sido preciso, durante la hora en que lady Jerland tomaba el té, ¡había sido preciso, en pleno día, y con el pasillo concurrido, ¡reventar la puerta del camarote, encontrar un saquito ocultado adrede en el fondo de una sombrerera, abrirla y elegir!

Entre nosotros no hubo más que un grito. Entre todos los pasajeros no hubo más que una opinión cuando se conoció el robo: Es Arsène Lupin. Y, de hecho, era desde luego su manera complicada, misteriosa, inconcebible... y lógica, sin embargo, porque, si era difícil ocultar la voluminosa masa que hubiera formado el conjunto de joyas, ¡mucho menor era su volumen con pequeñas cosas independientes unas de otras, perlas, esmeraldas y zafiros!

Y en la cena ocurrió lo siguiente: a derecha e izquierda de Rozaine, los asientos estaban vacíos. Y por la noche se supo que había sido convocado por el comandante.